

Vidas Plebeyas: masculinidades, resistencias y *aguante* entre varones jóvenes pobres del Conurbano*

Malvina Silba**

Resumen

El tema de este artículo será el cruce entre juventudes, pobreza, masculinidad, resistencia y *aguante*. El caso sobre el que trabajaré será el de Nacho, un joven habitante de un barrio de la periferia urbana, cuya trayectoria educativa y laboral se encontraba fuertemente condicionada por el contexto de pobreza en el que vivía. El análisis del tipo de masculinidad que éste encarnaba será inseparable de la noción de *aguante*, en tanto estructuradora de prácticas y representaciones subjetivas especialmente de los varones. Su historia, como la de la mayoría de sus amigos y vecinos de su edad, permite ver cómo, en el cruce entre la cuestión etaria con la de clase y género, se vislumbra un sugerente y complejo núcleo de análisis sobre la realidad cotidiana de estos jóvenes, que se debaten entre la desafiliación institucional y la búsqueda permanente de diversos sentidos de pertenencia.

El trabajo de campo aquí presentado forma parte del desarrollado en el marco de mi tesis doctoral, en la cual me propuse aportar al estudio del vínculo entre juventud y música, problematizando la relación entre las trayectorias de mujeres y varones jóvenes de sectores populares, sus consumos culturales y el papel que estos adquirirían en su vida cotidiana y, especialmente, en los momentos de ocio y diversión. La cumbia, en tanto representante privilegiada del campo musical popular, fue el género seleccionado para anclar y discutir dichas cuestiones.

Palabras clave: Juventudes – Pobreza – *Aguante* – Masculinidades.

Abstract

The topic of this article will be a crossing of youth, poverty, masculinity, resistance and *aguante*. The case of study is Nacho, a young resident of a neighbourhood in the urban periphery, whose educational and work trajectory is strongly influenced by the poverty context in which he lives. The analysis of the type of masculinity he embodies will be inseparable of the *aguante* notion, as it structures subjective practices and representations, specially among men. His story, as most of friends' and neighbours' of his same age, allows an approach that –in the crossing of age, class and gender issues- shows how a suggestive and complex core of analysis emerges from these young's day-to-day reality, challenged by both institutional disaffiliation and the permanent search of diverse meanings of belonging.

The fieldwork presented is framed within the development of my PhD theses, through which I aim to contribute for the study of the possible links between youth and music, by problematizing the relationships between young women and men trajectories from popular sectors, their cultural consumption and the role that this acquires in their everyday life, specially

* La investigación que respalda este trabajo fue financiada por becas doctorales de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y por proyectos con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, dirigidos por el Dr. Pablo Alabarces y financiados por UBACyT, FONCyT y CONICET.

** Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (FSOC-UBA). Becaria pos-doctoral del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (FSOC-UBA). Docente del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva, Carrera de Comunicación Social (FSOC-UBA). Contacto: malvinasilba@yahoo.com.ar.

in their moments of leisure. Cumbia –as a privileged representant of the popular music field– was the chosen genre to cling and discuss those important issues.

Keywords: Youth – Poverty – Aguante – Masculinities.

Introducción

El tema de este artículo será el cruce entre juventudes, pobreza, masculinidad, resistencia y *aguante*. El caso sobre el que trabajaré será el de Nacho, un joven habitante de un barrio de la periferia urbana, cuya trayectoria educativa y laboral se encontraba fuertemente condicionada por el contexto de pobreza en el que vivía. El análisis del tipo de masculinidad que éste encarnaba será inseparable de la noción de aguante, en tanto estructuradora de prácticas y representaciones subjetivas especialmente de los varones. Su historia, como la de la mayoría de sus amigos y vecinos de su edad, permite ver cómo, en el cruce entre la cuestión etaria con la de clase y género, se vislumbra un sugerente y complejo núcleo de análisis sobre la realidad cotidiana de estos jóvenes, que se debaten entre la desafiliación institucional y la búsqueda permanente de diversos sentidos de pertenencia. En esa línea, aparecerá la idea de resistencia cultural y de qué manera pueden vincularse a la misma, las elecciones estéticas, el consumo cultural y la propia puesta en escena del *aguante* como principio moral.

De manera complementaria, serán objetivos secundarios de este artículo aportar a la discusión sobre las posibilidades de ocupación del espacio público por parte de las poblaciones juveniles populares.

El trabajo de campo¹ aquí presentado forma parte del desarrollado en el marco de mi tesis doctoral², en la cual me propuse aportar al estudio del vínculo entre juventud y música, problematizando la relación entre las trayectorias de mujeres y varones jóvenes de sectores populares, sus consumos culturales y el papel que estos adquirirían en su vida cotidiana y, especialmente, en los momentos de ocio y diversión. La cumbia, en tanto

¹ Realizado entre 2006 y 2009 en un barrio de la zona sur del Conurbano bonaerense (región periférica de la Capital Federal, perteneciente a la Provincia de Buenos Aires, la región más poblada del país), junto a un grupo de mujeres y varones jóvenes de sectores populares, con quienes compartí la vida cotidiana en el barrio y las salidas nocturnas a bailes de cumbia de zonas cercanas a las que habitaban.

² Malvina SILBA: “Vidas Plebeyas: cumbia, baile y *aguante* en jóvenes del Conurbano Bonaerense”, Tesis Doctoral, Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Director: Dr. Pablo Alabarces. Co-director: Dr. Pablo Vila. Inédita, 2011.

representante privilegiada del campo musical popular, fue el género seleccionado para anclar y discutir dichas cuestiones.

La calle, la plaza y el barrio

“Los Sauces” era un barrio de clases populares ubicado a unas treinta cuadras de la estación de Llavallol, en el Partido de Almirante Brown, provincia de Buenos Aires. Estaba formado, al momento de mi trabajo de campo, por unas treinta manzanas de casas bajas; algunas eran viviendas de material y otras construcciones precarias, de madera o chapa, que habían ido mejorando y ampliando la calidad de sus edificaciones y dimensiones con los años. Las calles asfaltadas siempre fueron pocas y la circulación permanente de vehículos particulares y colectivos de transporte público de pasajeros colaboraba, diariamente, al deterioro de un asfalto ya de por sí malogrado. Tenía una avenida principal –Cabildo– y dos calles paralelas –las tres asfaltadas– por donde pasaban los ramales de las dos líneas de colectivos que permitían conectar el barrio con las estaciones de trenes y con las rutas provinciales más cercanas. El resto de las calles eran, en su mayoría, de tierra, lo que dificultaba la circulación para habitantes y vehículos en los días de lluvia.

La plaza representaba un punto nodal en la geografía barrial. Ocupaba una manzana, contaba con una pequeña cancha de fútbol, algunos juegos infantiles en el centro, y unas pocas mesas y sillas de cemento en uno de los laterales. Quedaba a menos de una cuadra de distancia de la casa de Nacho (17)³, lo que permitía que su familia y amigos la transitaran a diario. Allí también se reunían parte de los varones del grupo, a tomar una gaseosa o una cerveza o a fumar cigarrillos comunes o de marihuana durante las tardes que no trabajaban. Esto solía acarrear cierto tipo de comentarios negativos de vecinos y familiares sobre estos grupos, situación que no le era indiferente a los integrantes del mismo, como se verá más adelante. Reunidos en un sector de la “placita”, como la llamaban, o en la esquina de la casa de Nacho, que contaba con una amplia vereda, las y los jóvenes del grupo solían pasar los ratos de ocio charlando sobre las posibles salidas nocturnas y sobre los eventuales conflictos que se desataban entre los vecinos.

³ Nacho era uno de los integrantes y líder del grupo con el que realicé esta experiencia etnográfica.

Biografías plebeyas: trayectorias y modelos masculinos entre varones jóvenes

En esta sección contaré brevemente la historia de uno de los varones del grupo, poniendo especial énfasis en su trayectoria educativa y laboral y en cómo este joven construye su propio modelo de masculinidad (Connell, 1997; Bourdieu, 2000), en línea con los patrones culturales en los que ha sido socializado y que constituyen el marco dentro del cual se realizan las propias elecciones morales, genéricas y estéticas.

Nacho: del trabajo a casa y de casa a la calle

Nacho era un joven alto y corpulento. Tenía pelo castaño claro, tez blanca y ojos verdes muy claros, características físicas que lo hacían ser *objeto de deseo* por muchas chicas del barrio. Tenía 17 años y trabajaba desde los 12. Su primer empleo formal fue de ayudante en una panadería del barrio y lo realizaba desde el mediodía, al salir del colegio, hasta las 8 de la noche. Se lo había conseguido su tía Mabel, pero sólo estuvo allí unos meses ya que le pagaban sólo 30 pesos por semana y según él la panadería “hacía mucha plata” para pagarle “esa miseria”. Su segundo empleo, con características similares, había sido de ayudante de pintor en una casa en construcción en la Capital. Esta tarea lo había obligado a dejar la escuela, porque los horarios de ambas actividades eran incompatibles entre sí. Ese trabajo se lo había conseguido un vecino y el sueldo que cobraba, aunque poco, era mejor que el de la panadería y en ese momento el dinero era necesario. Sobre la posibilidad de volver a la escuela Nacho decía que a él “le gustaba trabajar en vez de estudiar” y que cuando averiguó para hacerlo en el turno noche le dijeron que debía tener 18 años cumplidos, por lo que desistió.

Una vez que abandonó la escuela, no pudo volver más, porque, como bien indica él mismo, los horarios no le eran compatibles y la prioridad y el gusto, estaban del lado del trabajo:

N: Después me fui al [trabajo] de transporte de mercaderías. Ahí estuve dos años, repartiendo mercadería en el camión, siempre en negro. Después, cuando cumplí los 16, me pasaron a trabajar adentro. Y ahí laburábamos 14 horas... 14 horas por día y cobraba 550 pesos por quincena.

M: ¿y de ahí por qué te fuiste?

N: Porque no me querían dar plata. El viernes nos daban vales, ese viernes hubo vales para todos menos para mí, un viernes te pagaban, y a los 15 días te daban vales. Supuestamente, ahí lo habían echado al Tito [el marido de la madre, ambos habían entrado juntos] y me dijeron que yo no rendía con el trabajo que me

pedían... para mí fue por lo de Tito, porque él pidió plata y no le quisieron dar, se enojó y se fue...como los chicos...

M: ¿Y después qué pasó?

N: Al final me fui y el lunes les mandé carta documento, y arreglamos.

M: ¿y te dieron algo de guita?

N: sí, 3000 pesos solamente, por el pelotudo del abogado, se dejó ventajear. Laburé dos años en negro, era menor, 14 horas por día...una bocha de plata tenía que haber sacado...

M: ¿después de eso, qué hiciste?

N: habré estado un tiempo de vago y después fui a trabajar a Arcor, con el Tito, otro laburo de mierda...lo consiguió el Tito (risas)... ¡el Tito se busca cada laburo! Ahí armábamos un pedido, cargábamos la camioneta y limpiábamos, parecíamos “las marías”⁴ de Arcor.

M: ¿y después de Arcor que vino?

N: después de Arcor, las luces... otro trabajo en negro... iluminación de eventos, trabajábamos para Jorge Ibañez, armábamos eventos, fiestas, desfiles, luces y sonido.

M: ¿había que saber algo en especial para hacerlo?

N: y si no sabías eras mulo, mulo le dicen a esos, a llevar las cosas, a hacer fuerza, como el *plomo*⁵, ponele.

M: ¿y vos en qué categorías estabas?

N: en plomo! (risas)

M: ¿y ahí cómo estabas?

N: en negro, todo en negro... yo siempre fui negro... nunca un blanco...mejorar, quiero mejorarlo, quiero tener algo en blanco, pero no me sale. Fui a dos entrevistas, a las dos me llevaron a la revisión médica, y ninguno me llamaron, yo *quiero estar en blanco, quiero ser alguien* (subrayado mío).

Las palabras que Nacho eligió para describir su historia con el trabajo condensan las características principales que tuvieron sus relaciones laborales y las de sus hermanas/os y amigas/os: inestabilidad y precariedad. En palabras de Merklen (2000), podríamos decir que la trayectoria laboral de Nacho se ha ido organizando alrededor de la figura del “cazador”, es decir, aquel que debe enfrentarse día a día a las contingencias de un mercado laboral caracterizado por la incertidumbre.

Salen cotidianamente a la ciudad como si ésta fuera un bosque que ofrece un repertorio variado de posibilidades. Hoy quizás obtengan una buena pieza, mañana tal vez no. Juegan su suerte en la oportunidad que les ofrecen los intersticios de unas instituciones cuyos márgenes no están definidos por una línea nítida, son difusos. La informalidad de la economía les ofrece espacios pequeños en los que pueden encontrar de qué vivir (Op. Cit.: 117).

⁴ Expresión que alude al trabajo doméstico, de por sí desvalorizado, y en general realizado por mujeres.

⁵ Expresión utilizada para nombrar a la persona encargada de cargar con los instrumentos de los músicos, armado del escenario y demás actividades que requieren, esencialmente, de destreza y fuerza física para su realización.

Siguiendo con esta línea de razonamiento, pareciera ser que a Nacho nunca le quedaba claro el motivo del rechazo que el mundo del trabajo le fue imponiendo a lo largo de sus tempranos veinte años, como si las instituciones le estuvieran diciendo que “no había lugar para él” (*Op. Cit.*:113). También puede leerse en su relato un juego de palabras, donde “estar en blanco” en un trabajo, es decir, ser un empleado dentro de los parámetros de la ley laboral, se convierte, para él, en “ser blanco en lugar de negro”, como si esa condición definiera parte de su identidad. Lo interesante de sus dichos es que Nacho, a diferencia de algunos de sus amigos y hermanos, tiene, como dijimos, tez blanca y ojos claros, es decir que puede colocárselo por fuera de los discursos que asemejan a los pobres con “los negros”. Sin embargo, pareciera ser que en este contexto no importaba tanto el color de piel de Nacho como las percepciones que él tenía sobre sí mismo fundadas en los mensajes que recibía de la sociedad, respecto de sus posibilidades individuales frente un mercado de trabajo que lo segregaba y sólo le ofrecía reverses y negativas. Así, “estar en blanco” tenía una legitimidad a la que Nacho aspiraba independientemente de esos condicionamientos, porque acceder a sus derechos laborales formaba una parte indispensable de su constitución como sujeto digno. Nacho luchaba día a día por obtener ese reconocimiento, aunque se lamentaba por no poder lograrlo. Este joven chocaba permanentemente con la imposibilidad de conectar *esfuerzo con progreso* tal como sucedía en generaciones anteriores de su familia, cuando el acceso a la educación y al trabajo permitía imaginar un futuro que se vislumbraba como más o menos estable. A diferencia de ello, afirman Semán y Míguez (2006), se ha producido una mutación, en la que el *esfuerzo* es reemplazado por la idea de *fuerza*, entendida como una “cualidad moral al servicio de la superación de la urgencia”, mostrando cómo existe una “continuidad y una asociación entre propiedades físicas y morales [que] parece ser reguladora de la experiencia popular” (*Op. Cit.*: 29). Esta idea de fuerza aparece explícitamente en el relato de Nacho, cuando cuenta que debía aceptar los trabajos de menor categoría y los peor remunerados, debido a su falta de instrucción y de experiencia en tareas de mayor complejidad. Para poder sostener estos empleos, Nacho debía recurrir a su fuerza física como la plataforma desde la que podía demostrar *qué era lo que sabía hacer*. Su *expertise* estaba dada por el *aguante*⁶ (Alabarces, 2005; Alabarces y Garriga Zucal, 2007; Garriga Zucal y Moreira, 2006) –

⁶ El *aguante* fue, originalmente, una categoría nativa que luego se transformó en analítica, tal como se señala en los trabajos de Alabarces, Garriga Zucal y Moreira citados a lo largo del artículo.

entendido como la capacidad de hacer frente a la adversidad– que su cuerpo podía demostrar a la hora de cumplir con las tareas que él mismo describe como las de un “mulo”, es decir, las realizadas por aquellos que no contaban con especialización alguna.

Pero ¿qué otros significados podían encontrarse en la batalla que Nacho venía emprendiendo día a día para conservar el trabajo que tenía y/o para tratar de encontrar uno de mejor calidad? Sin duda, el lugar preponderante que este joven le daba en su relato nos habla a las claras de que allí no se debate nada más (ni nada menos) que la lucha por la supervivencia. Un trabajo digno era la garantía de la cobertura de las necesidades básicas para vivir y reproducirse, pero ser un joven trabajador representa también, el modelo de varón al que Nacho aspiraba y que anhelaba construir y sostener con el tiempo. Dice Fernández (2006), que en la Modernidad, se han instituido mitos respecto de lo que es *ser hombre o ser mujer*, y que los mismos han servido, a lo largo de la historia, como dispositivos de desigualación y de legitimación de la diferencias entre los géneros. Dicho mitos “ordenan, legitiman y disciplinan los lugares de todos los actores de la desigualdad de género”. Los varones, en esa línea, han construido su identidad masculina desde el éxito laboral-económico y desde la extensa capacidad de constituirse en proveedores de las mujeres a su cargo, entre otras cuestiones. Así, la responsabilidad del trabajo no se encuentra asociada, en varones como Nacho, solo a la reproducción de la propia vida social, sino a las formas en la que éstos experimentan el mandato del éxito económico, ligado al de la obligación de solventar los gastos de los miembros femeninos de sus familias. Ser un *varón* en un sentido completo incluye, sin duda, seguir esos patrones culturales que imponen el *deber ser* de los sujetos genéricamente construidos.

En esta línea, comprendemos, junto con Connel (1997), que la masculinidad es un concepto relacional, que se define en oposición al de femineidad, ocupando el lugar de la autoridad simbólica, en la medida que se piensan como masculinas ciertas características construidas como destacables o positivas: sujetos violentos, dominantes, activos, en oposición a la pasividad y la emocionalidad femeninas. Así Nacho no solo padecía las imposiciones de ciertos mandatos culturales vinculados a su condición genérica, sino que también disfrutaba de las prerrogativas que los varones de su entorno social poseían por el solo hecho de ser *hombres*: estaba librado de las obligaciones

domésticas, podía disponer de su tiempo de ocio y transitar libremente los espacios públicos del barrio sin dar explicaciones a los miembros adultos de su familia. Lo señalado nos muestra la forma en la que los agentes sociales experimentan las relaciones de género en las que están inmersos cotidianamente, y que si bien condicionan la vida de todos los sujetos por igual, también señalan extensamente los privilegios con los que cuentan los varones como parte de un orden social construido, pensado y legitimado por la dominación masculina y sus instituciones, tal como lo señala Bourdieu (2000).

A lo largo de estos párrafos describimos brevemente la historia de Nacho, un joven que bien podría representar a cientos de jóvenes habitantes de las periferias urbanas. La inestabilidad y la precariedad caracterizaban los vínculos de éste con el mercado laboral, pero también con la escuela y con ciertos vínculos familiares y vecinales, como se verá en el apartado siguiente. A su vez, la pobreza aparece como un factor omnipresente en sus relatos pero es claro que su problemática y la de otros jóvenes no se remite, solo, a si son pobres o no tal como señala Merklen (2000) al hablar de los “cazadores urbanos”, sino a la vulnerabilidad de sus derechos y posibilidades en el día a día. Esto les acarrea múltiples problemas de integración social, exponiéndolos a vaivenes e incertidumbres (Reguillo Cruz, 2000) que no les permiten encontrar “un lugar en el mundo”, elemento central que los diferencia del modelo tradicional de trabajadores, que incluso viviendo en la pobreza, podían encontrar cierta contención institucional y por ende desarrollar algún sentido de pertenencia. Al no hallarla en los espacios habituales, jóvenes como Nacho la encuentran en sus grupos de pares y en las prácticas cotidianas que van desde el consumo cultural hasta la experimentación del *aguante* (Garriga Zucal y Moreira, 2006), que funcionaba en tanto ética, estética y retórica (Alabarces, 2004) y se caracterizaba, fundamentalmente, por la puesta en escena de un cuerpo que “iba al frente” ante diversas situaciones adversas, pero también de un discurso en ocasiones crítico y desafiante del sentido común más extendido. Así, el modelo masculino al que Nacho tributaba estaba, también, organizado en torno al *aguante*, en tanto “afirmación simbólica de la hombría, transformándose en la característica primordial de la masculinidad” (Garriga, 2005). De adversidades, estigmas y *aguantes* trata el apartado siguiente.

“Hombres trabajando”: reflexiones y resistencias en torno a los discursos estigmatizantes

Una práctica central en la vida cotidiana de este grupo de jóvenes era la escucha *pública* de cumbia, realizada a altos volúmenes y durante buena parte del día, en especial los fines de semana. Nacho y sus amigos tenían acostumbrados a sus vecinos a este tipo de rutinas semanales, lo que solía valerles diversos apelativos de tipo racistas por parte de los adultos, quienes construían una especie de analogía entre la escucha musical y la valuación moral de estos jóvenes. Así, escuchar cumbia a volúmenes altos era suficiente motivo para decir de ellos que eran “negros” o que “no tenían nada en la cabeza”.

Rosa, una de las vecinas del barrio, no sólo mostraba su fastidio cuando los jóvenes escuchaban cumbia a alto volumen, sino que lo hacía cada vez que éstos se reunían en la esquina a tomar algo o compartir un rato juntos. Al preguntarle a Nacho sobre los motivos que hacían que Rosa los tratara mal o hablara mal de ellos, él me contó uno de los recuerdos más emblemáticos que tenía de la relación con ésta. La casa de Rosa quedaba en diagonal a la de Nacho; un sábado a la tarde, los chicos habían colgado de los postes de dos de las esquinas una red simulando una cancha de *volleyball* y jugaban mientras sonaba cumbia a todo volumen. Rosa, aparentemente muy molesta con la situación, llamó a la policía para que intervenga por el supuesto “escándalo” que estaban provocando. Nacho nunca conoció los argumentos que Rosa utilizó para convencer al patrullero de que viniera, pero algo pudo reconstruir con la información que obtuvo. Cuando el patrullero llegó a la esquina de la casa de Rosa vio a un grupo de jóvenes jugando al *volley*, pero que no estaban provocando ningún tipo de disturbio o infracción de las normas de convivencia vecinal, salvo la música a alto volumen. Nacho me contó que le preguntó a uno de los policías por qué habían venido, y éste le contestó que la denuncia había sido porque “un grupo de malandras estaba molestando en la esquina”. Me llamó la atención el tipo de apelativo que Rosa y/o el policía habían elegido para definirlos, o la forma en la que Nacho recordaba dicha descripción, ya que “malandras” no era una palabra muy habitual entre las conversaciones familiares o vecinales, así que le seguí preguntando sobre el tema.

Me dijo que no era esa la única vecina que decía “cualquiera” de ellos; que cuando paraban a mitad de la otra calle, los vecinos de ahí decían que ellos eran

“chorros y drogadictos” y que los del frente de “la placita” los tildaban de “vagos”. Cuando le pregunté a Nacho qué pensaban de esa forma de referirse a ellos que circulaban por el barrio, primero se rió, y después me contestó con una de sus frases característica:

“¿sabés lo que pasa? Que a la gente le gusta hablar al pedo, es chusma”

Y enseguida me contó cuál fue la forma que ellos habían encontrado de responder a todos esos insultos. En la placita, en el sitio donde ellos “paraban”, había una piedra de tamaño considerable, que en ocasiones usaban de asiento o de apoyo para botellas y demás accesorios. Algunos de los chicos habían conseguido pintura y escrito sobre la piedra “Hombres Trabajando”. Así, como señalamos en Silba (2011), los jóvenes resignificaban la frase –utilizada, a menudo como una señalización en obras en construcción– y jugaban con el valor de las dos condiciones que supuestamente debían tener para ser *legítimos ocupantes* del espacio público: ser hombres –y no jóvenes– y estar trabajando –y no en una práctica ociosa–. En esta misma línea, Reguillo Cruz (2000) señala la posición inquietante que ocupan los “jóvenes en la calle, en la medida que parecerían no tener vínculos con ninguna institucionalidad y ser ajenos a cualquier normatividad, además de ser necesariamente contestatarios con respecto al discurso legitimado u oficial” (*Op. Cit.*: 32). Para estos vecinos adultos, que encarnan, en este contexto, el perfil del sujeto “legítimo por excelencia”, estos jóvenes, con sus prácticas disruptivas y contestatarias, dejan de ser simple sujetos “rebeldes” para comenzar a ser percibidos como “peligrosos”, en la medida que los propios vecinos asumen como propios los discursos del sentido común dominante que refuerzan la analogía entre juventud, pobreza y predisposición “casi natural” a la delincuencia y/o a la violencia.

La leyenda “Hombres trabajando” puede ser, a su vez, interpretada en términos de lo que la misma Reguillo Cruz ha nombrado como transformación del estigma en emblema, es decir, “hacer operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas” (*Op. Cit.*: 79) a estos grupos de jóvenes. Este mecanismo puede ser leído como una especie de contra-poder, en el cual dicho sujetos se encargan de interpretar en sus propios términos los discursos que sobre ellos circulan en su entorno social, utilizando, también, el humor y la ironía como muestra de sus capacidades y saberes.

Otro de los puntos de controversia para algunos adultos del barrio era la posesión de ciertos objetos por parte de los jóvenes: éstos eran, centralmente, las zapatillas y los equipos de música. En ambos casos los mismos debían destacarse, para los jóvenes, por tamaños considerables y por no pasar desapercibidos para el resto. ¿Por qué estos objetos eran importantes para estos jóvenes? Siguiendo a Reguillo Cruz (2000):

La posesión o acceso a cierto tipo de productos implica acceder a un modo particular de experimentar el mundo (...) Los bienes culturales no son solamente vehículos para la expresión de identidades juveniles, sino una dimensión constitutiva de ellas. La ropa, por ejemplo, cumple un papel central para reconocer a los iguales y distanciarse de los otros, se le transfiere una potencia simbólica capaz de establecer la diferencia, que una mirada superficial podría leer como homogeneidad en los cuerpos juveniles (*Op. Cit.*, 81).

Esto explicaría, por ejemplo, la lógica que hay detrás de la disputa por los tamaños de los equipos de música y también la importancia sobre otros objetos de disputa. Las famosas “altas llantas” era uno de los términos utilizados por los varones para describir este tipo de calzados y todos, en mayor o menor cantidad, tenían varios pares de ellas y se encargaban siempre de aclarar que “eran originales” y “no truchas”, para no pasar por “ratas” o “tacaños”, apelativos fuertemente asociados a la valorización positiva o negativa de la identidad masculina. Nacho, por ejemplo, se había comprado tres pares de zapatillas durante el año. Las sacaba a crédito, al igual que con el reproductor de *cd's* y *dvd*. Las cuotas que pagaba le costaban casi la mitad de lo que ganaba por mes, pero él decía que no le importaba. Cuando escuchó que Mabel, su tía y vecina, lo criticó por eso, le dijo:

Yo trabajo y puedo comprarme todo lo que quiero, es mi plata...si no lo hago ahora ¿cuándo querés que lo haga? ¿Cuando tenga pibes y no tenga un peso?

Frente a esta respuesta contundente de Nacho, Mabel me miró, al tiempo que se le escapaba una sonrisa un poco nerviosa y me dijo “¡Y sí! ¡Tiene razón!”. A pesar de esto, el comentario de Mabel iba en el mismo sentido que el realizado sobre los equipos de música: según su opinión, no era correcto que Nacho invirtiera la mitad de su sueldo en objetos suntuosos si no tenía cubiertos ciertos niveles mínimos de condiciones de habitación o si no contaba con un ahorro que le permitiera afrontar potenciales períodos de desocupación o de falta de dinero. Y aquí nuevamente aparecen en escena los

discursos del sentido común dominante que establecen los valores de algunos sectores de las clases medias urbanas como los válidos para medir, analizar e imponerse sobre las prácticas de los sectores populares, que no necesariamente comparten experiencias y valores ni con las personas de las clases medias ni con aquellos miembros de los sectores populares que han decidido incorporar los mismos como si fueran propios. Entonces, ¿por qué Nacho debía dar explicaciones sobre sus gustos y sus gastos si Mabel, por ejemplo, no hacía lo propio con los suyos? Entiendo que una forma de responder a esto tiene que ver con las diferenciales posiciones de uno y otro. Mabel creía que podía increpar a su sobrino, en principio, porque poseía una autoridad moral y etaria que la habilitaba, y en simultáneo, porque cultivaba un estilo de vida acorde con esos valores dominantes que tanto le interesaba mostrar y defender. Así, esta mujer hacía un uso de esa contextual posición dominante para mostrar una carencia y una debilidad en ese *otro joven y pobre*, amparándose en su supuesta buena voluntad a la hora de emitir opiniones y comentarios. Pero esa ostentación que tanto irritaba a Mabel y también a Rosa, ¿no podía ser interpretada, también, como una actitud desafiante por parte de estos jóvenes? ¿no era posible pensar que lo que en verdad no toleraban estas mujeres era la valentía de estos chicos al animarse a mostrar sus posesiones como válidas, cuando en verdad ellas se esforzaban para que fueran *sus objetos* los admirados y elogiados por los vecinos del barrio? En la posesión de estos bienes materiales hay, además de una marca identitaria y un fuerte sentido de pertenencia, un señalamiento de una presencia incómoda, desafiante y transgresora frente a quienes insisten en condenar las prácticas de los jóvenes que se compran un par de zapatillas o un equipo de música; una práctica tan común y extendida en nuestros días. Dicha condena, entonces, si no fuera preocupante y estigmatizadora, sería simplemente graciosa.

En relación a los discursos de Mabel y Rosa sobre los jóvenes, puede observarse otra línea de interpretación posible: aquella que pondera, en la argumentación, los propios temores y vulnerabilidades. Así, amparándose en peligros potenciales, estas personas justifican su accionar *preventivo*:

Al temor por la delincuencia se sumó la inseguridad respecto a la estabilidad laboral. Sobre este telón de fondo impactan los formatos mediáticos de construcción de delito y configuración de un “otro amenazante”, “sospechoso”. En la conjugación de amenaza y pérdida que experimentaron vastos sectores de la sociedad, se puede leer una tendencia a la regulación de los espacios, el

constreñimiento simbólico de la territorialidad, la disminución de los lugares y entramados de la sociabilidad (Nuñez y Corral, 2005: 4).

En este punto encuentro pertinente el trabajo de Bourgois (2010) sobre la cultura de las calles en Nueva York. El autor dice que esa cultura callejera no es un universo consciente o coherente de oposición política, sino que es un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo de oposición. Irónicamente, a través del mercado de la música, la moda, el cine y la televisión, la sociedad convencional suele absorber estos estilos antagónicos, y los recicla como “cultura popular”. Siguiendo esta argumentación, podríamos preguntarnos por el potencial transgresor de las expresiones de esa cultura popular en la Argentina contemporánea, reflexionando sobre su especificidad regional y nacional. Así, si estos jóvenes “han implantado el tono de la vida pública” en el barrio, tal como lo señala Bourgois para su investigación (2010: 41), ¿Cuál es el significado de que ese *tono* tenga ritmo de cumbia? ¿Y que suene, sábado a sábado, con parlantes en la vereda y a altos volúmenes?

Siguiendo con la línea de reflexión que plantean Hall y Jefferson (2010) podría decirse que las elecciones estéticas de estos grupos de jóvenes pueden ser interpretadas como “espacios de relativa libertad” (*Op. Cit.*: 310) en relación a los condicionamientos tanto económicos como simbólicos que limitan sus posibilidades de elección a la hora de organizar y disfrutar de su tiempo de ocio⁷. En ese contexto, la escucha musical, la alegría, el baile y la fiesta popular y callejera que se recrea cada fin de semana con los parlantes en las veredas del barrio, se constituyen en las prácticas y los espacios desde los cuales se dramatiza y experimenta las condiciones de vida adversas de estos grupos de jóvenes, ejerciendo, en la posesión, ostentación y puesta en escena pública de dichos objetos y de dichas prácticas, lo que hemos denominado, en Alabarces *et al.* (2008), una resistencia por posición, entendida esta como expresión de la “máxima distancia respecto de las clases hegemónicas”⁸ (*Op. Cit.*: 48).

⁷ Si bien el contexto al que hacen referencia los autores es radicalmente distinto al analizado en este artículo, entiendo que las limitaciones a las que hacen referencia operan de manera similar en la vida cotidiana de los sujetos pertenecientes a las clases populares.

⁸ Entendemos que en la etnografía descripta no aparecen ni las prácticas ni las representaciones de los miembros de dichas clases hegemónicas. Sin embargo, lo aquí señalado hace sentido con el entorno socio-barrial de estos jóvenes, en la medida que son los vecinos y familiares adultos de los mismos los que encarnan, como se mostró más arriba, esos discursos del sentido común hegemónico como propios.

Retomando los dos relatos etnográficos, en ambos puede hallarse como denominador común las acciones desafiantes de este grupo frente a la condena social y moral a la que los sometían sus propios vecinos por la particular combinación que en ellos se daba de la condición social con la etaria. En relación a la dimensión corporal del *aguante* (Alabarces y Garriga Zucal, 2007), estos jóvenes reivindicaban la ocupación del espacio público al que consideraban como propio, disfrutando a menudo de éste y desoyendo los discursos de los adultos que los condenaban por el solo hecho de estar allí practicando un deporte grupal, escuchando la música que elegían como marca de identidad, o mostrando sus objetos personales al igual que lo hacían otros vecinos con los propios. Es decir, y en línea con lo planteado por Reguillo Cruz (2000), mostrando su particular forma de experimentar el mundo a través de la posesión y el uso de diversos productos. Por el lado de la dimensión retórica del *aguante*, este grupo respondía críticamente los discursos estigmatizantes que circulaban a menudo sobre ellos en el barrio, y lo hacían recurriendo a la ironía, lo que claramente mostraba una capacidad de reflexión que muchas veces les resultaba vedada en las representaciones que estos y otros adultos se construían sobre este grupo de jóvenes. Ambas dimensiones pueden ser analizadas, entonces, como formas de resistencia cultural, que si bien se presentan como desarticuladas, esporádicas y se remiten a contextos y prácticas específicas, no por eso dejan de mostrar el potencial impugnador de las mismas.

Conclusiones

Para cerrar este artículo propongo algunas reflexiones finales que retomen las principales cuestiones planteadas a lo largo de estas páginas. En relación a los espacios sociales que este grupo de jóvenes ocupaba a diario, es claro que los mismos adquirirían un valor altamente significativo para ellos, en la medida que encontraban allí lugares de pertenencia a los que sentían como propios. En cuanto a los espacios públicos –como la esquina y la plaza– al ser ocupados por los jóvenes parecían adquirir otro “color”, tiñéndose de relatos sobre hazañas a la salida de boliches, o de enfrentamientos con “patovicas” y policías, situaciones que ocurrían con frecuencia y eran recreadas una y otra vez en estas esquinas del barrio, convocando la participación de los miembros del grupo que habían protagonizado estos hechos y la atención de aquellos que no, pero que igualmente podían sentirse representados y contenidos en esos relatos; o bien porque ya

habían participado de algún evento de esa naturaleza, o bien porque se estaban preparando para ser protagonistas de sus propias hazañas.

Por el lado de las trayectorias educativas y laborales de los varones jóvenes, la historia de Nacho permite visualizar varios de los conflictos que atravesaban las relaciones cotidianas de éstos con dichas instituciones. En cuanto a la educación, pudo verse el abandono de la escuela apenas cumplido el ciclo primario para incorporarse tempranamente al mundo del trabajo. En cuanto al tipo de inserción laboral lograda por este joven, su historia es una muestra clara de cómo, aún en un contexto de recuperación económica, sus posibilidades laborales seguían estando restringidas a condiciones de inestabilidad y precariedad. De allí la pertinencia de la figura del “cazador” propuesta por Merklen (2000) para describir este tipo de vínculo laboral, caracterizado, ante todo, por la incertidumbre respecto del futuro.

En cuanto al modelo de varón que Nacho encaraba, éste se relacionaba de forma directa con la obtención de un trabajo digno, ya que, como bien señala Fernández (2006) los varones han construido su identidad masculina desde el éxito laboral-económico y desde la extensa capacidad de constituirse en proveedores de las mujeres a su cargo. Así, la responsabilidad del trabajo no se encontraba asociada, en varones como Nacho, solo a la reproducción de la propia vida social, sino a las formas en la que éste experimentan el mandato del éxito económico, ligado al de la obligación de solventar los gastos de los miembros femeninos de sus familias. Ser un *varón* en un sentido completo incluye, sin duda, seguir esos patrones culturales que imponen el *deber ser* de los sujetos genéricamente construidos. Siguiendo a Connel (1997), analizamos la masculinidad como un concepto relacional, que se define en oposición a la femineidad, y que ocupa el lugar de la autoridad simbólica, en la medida que se piensan como masculinas ciertas características construidas como destacables o positivas. Así Nacho no solo padecía las imposiciones de ciertos mandatos culturales vinculados a su condición genérica, sino que también disfrutaba de las prerrogativas que los varones de su entorno social poseían por el solo hecho de ser *hombres*: estaba librado de las obligaciones domésticas, podía disponer de su tiempo de ocio y transitar libremente los espacios públicos del barrio sin dar explicaciones a los miembros adultos de su familia. Lo señalado nos muestra la forma en la que los agentes sociales experimentan las relaciones de género en las que están inmersos cotidianamente, y que si bien

condicionan la vida de todos los sujetos por igual, también señalan extensamente los privilegios con los que cuentan los varones como parte de un orden social construido, pensado y legitimado por la dominación masculina y sus instituciones, tal como lo señala Bourdieu (2000).

Al no poder hallar una contención institucional adecuada, que les permitiera desarrollar algún sentido de pertenencia en dichos espacios tradicionales, jóvenes como Nacho la encontraban en sus grupos de pares y en las prácticas cotidianas que van desde el consumo cultural hasta el *aguante*, caracterizado, fundamentalmente, por la puesta en escena de un cuerpo que “iba al frente” ante diversas situaciones adversas, pero también de un discurso en ocasiones crítico y desafiante del sentido común más extendido, como pudo observarse en las diferentes ocasiones en las que este joven respondió a los agravios de los que era objeto, recurriendo a la ironía o a la defensa de sus decisiones respecto de sus gastos personales.

Hemos visto que las dimensiones corporal y discursiva del *aguante* (Garriga Zucal, 2005; Garriga Zucal y Moreira, 2006) conformaban un sistema moral que informaba y organizaba las prácticas y representaciones de Nacho y sus amigos, constituyendo un sistema de valores acorde a una forma de vida caracterizada por un lado, por la resistencia frente a las adversidades, y por el otro, por la puesta en escena del propio cuerpo y la propia voz frente a aquellos discursos condenatorios respecto de sus elecciones éticas y estéticas, expresiones de unas identidades juveniles la mayoría de las veces incomprendidas y estigmatizadas por el mundo adulto y por los discursos del sentido común dominante. Resistir la adversidad, insistir en un consumo plebeyo y culturalmente deslegitimado como la cumbia, y articular ciertos discursos para responder a la condena moral que pesa sobre la mayoría de sus elecciones éticas y estéticas, son sin duda las formas diversas y complejas que estos jóvenes encuentran para transitar sus experiencias etarias, de clase y de género, construyendo, así, sus propias identidades. Y resistiendo e impugnando, a su manera, a los sujetos y las prácticas que los condenan a diario. Esperamos, con este trabajo, realizar un aporte para una comprensión más acabada de las culturas juveniles contemporáneas ya que entendemos que solo así se logrará construir una sociedad que integrando a sus jóvenes, luche por constituirse en un espacio de pertenencia más justo, democrático e igualitario.

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- ALABARCES, Pablo *et al.* (2005): *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo libros.
- ALABARCES, Pablo y GARRIGA ZUCAL, José. (2007): “Identidades Corporais: entre o relato e o aguante”, en *Campos. Revista de Antropología Social*, vol. 8, n° 1, Paraná: UFP, octubre 2007.
- AMORÓS, Celia (1994): “Prólogo” en MOLINA PETIT, Cristina (1994): *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Madrid: Anthropos.
- BOURDIEU, Pierre (2007): *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- (2000): *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- CONNEL, Robert (1997): “La organización social de la masculinidad”, en Valdés, Teresa y Olavarria, José (eds.): *Masculinidades: poder y crisis*. Flacso, Ediciones de las mujeres nro. 24.
- FERNÁNDEZ, Ana María (2006): *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Paidós.
- GARRIGA ZUCAL, José (2005): “‘Soy macho porque me la aguanto’. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculinas”, en ALABARCES, Pablo *et al.* (2005): *Hinchadas*. Prometeo. Buenos Aires.
- GARRIGA ZUCAL, José y MOREIRA, María Verónica (2006): “El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia, en SEMÁN, Pablo y MÍGUEZ, Daniel (2006): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- ISLA, Alejandro (2006): “Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género”, en SEMÁN, Pablo y MÍGUEZ, Daniel (eds.) (2006): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- JELIN, Elizabeth (2006): *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- MERKLEN, Denis (2000): “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”, en SVAMPA, Maristella (Editora) (2000): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires, Biblos.
- MOLINA PETIT, Cristina (1994): *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Madrid: Anthropos.
- NÚÑEZ, Pedro y CORRAL, Damián (2005) “Inseguridades, incertidumbres y nociones de justicia en sectores populares. Una aproximación a las percepciones de los jóvenes en dos barrios del Gran Buenos Aires.” *Se piensa. Espacio para el debate en arte y ciencias sociales*. Disponible www.sepiensa.cl
- REGUILLO CRUZ, Rossana (2000): *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- SEMÁN, Pablo y MÍGUEZ, Daniel (2006): “Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en SEMÁN, Pablo y MÍGUEZ, Daniel (2006): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- SILBA, Malvina (2011): “Te tomás un trago de más y te creés Rambo’: prácticas, representaciones y sentido común sobre varones jóvenes”, en ELIZALDE, Silvia (Coord.) (2011): *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*. Buenos Aires: Biblos-EdUNLP-IIIEGE (FFyLL, UBA).

Recibido: 04/06/2012. Aceptado: 07/09/2012.